



Seix Barral Biblioteca Formentor

Mieko Kawakami

Heaven

Traducción del japonés por
Lourdes Porta

1

Un día de finales de abril, al abrir el plumier, encontré un papel doblado muy pequeño, metido en vertical entre los lápices.

Lo desplegué. Habían escrito con un portaminas:

«Somos iguales».

Los trazos eran finos, menudos como espinitas de pescado. No ponía nada más.

Lo guardé corriendo en el plumier, cogí aire y miré a mi alrededor como si no pasara nada. Todo era igual que siempre: bromas y risas, voces chillonas, charlas a gritos. La hora del recreo, como siempre. Para tranquilizarme, coloqué el libro de texto y el cuaderno alineando las esquinas una y otra vez; luego afilé los lápices despacio, tomándome mi tiempo. En esto, sonó la campana de la tercera hora, luego un arrastrar de sillas y, cuando entró el profesor, empezó la clase.

La carta era una trampa, ¿qué otra cosa podía ser? Sí, pero ¿por qué, a aquellas alturas, salían con algo tan retorcido? No podía entenderlo. Suspiré para mis adentros y me deprimí aún más, como de costumbre.

Aquella fue la única vez que metieron la carta en el plumier; a partir de entonces las fijaron con cinta adhesiva dentro del pupitre, en un sitio donde pudiera descubrirlas con solo meter la mano. Fueron llegando una tras otra, poco a poco. Cada vez que encontraba una, sentía escalofríos por todo el cuerpo y miraba a mi alrededor, alerta, pero me daba la sensación de que no había nadie pendiente de mis reacciones. No sabía cómo debía comportarme y eso me producía una ansiedad horrorosa.

«¿Qué hacías ayer mientras llovía?», «¿A qué país te gustaría ir?»: solo frases cortas, preguntas de este tipo, escritas en un papel del tamaño de una tarjeta postal. Yo las leía en los lavabos y, como no sabía si debía tirarlas, ni dónde, no me quedaba más remedio que esconderlas bajo la cubierta azul marino de mi carnet escolar.

Las cartas no trajeron ningún cambio.

Ninomiya y los suyos seguían, como siempre, obligándome a llevarles la cartera como siempre, continuaban dándome patadas como si fuera lo más natural, me golpeaban con la flauta,

me hacían correr. Mientras tanto, las cartas fueron llegando, el texto fue alargándose poco a poco. Seguían sin aparecer ni mi nombre ni el del remitente, pero lo cierto era que, al mirar la letra, a veces se me pasaba por la cabeza que quizá las cartas no tuvieran nada que ver con los de Ninomiya. Aquella idea, sin embargo, parecía totalmente ridícula y, mientras iba dándole vueltas y vueltas, acababa dejándola correr y eso me deprimía aún más.

Pese a todo, ir al colegio temprano por las mañanas y comprobar si había llegado alguna carta se convirtió en mi pequeña costumbre. El aula, todavía desierta a esas horas, silenciosa, olía ligeramente a aceite y yo me sentía feliz al leer allí dentro aquellas líneas escritas con letra diminuta. Aunque tenía muy claro que podía ser una trampa, en las notas había algo que me daba, no sé por qué razón, algo de confianza en medio de la incertidumbre.

En la carta que llegó justo al empezar mayo ponía: «Quiero verte. Te esperaré aquí al salir de clase, de cinco a siete». También estaba la fecha. Me puse tan nervioso que pude oír cómo los latidos del corazón resonaban con violencia en mis oídos. Leí la carta tantas veces que, al cerrar los ojos, las letras se me representaban claramente en la cabeza. También había, dibujado a mano, un plano sencillo. Me